



Nenuco

JABON



COLONIA



TALCO



BALSAMO



PRODUCTOS NENUCO,
EL PRIMER PLACER DEL RECIENTE NACIDO

MUNDO JOVEN

La revista con más ritmo joven

- LOS PAYOS, EN ORBITA CON «MARIA ISABEL».
- MIRIAM MAKEBA Y LA MUSICA NEGRA. Exclusiva.
- TOMMY ROE: A la espera de «Jack and Jill».
- MODAS: Y ahora con pantalones.

RESERVE HOY MISMO SU EJEMPLAR
DE

MUNDO JOVEN

CELTIBERIA SHOW

LIBRO DE RECLAMACIONES

Decididamente, vivir en España no es cosa fácil. Los mecanismos que hacen posible la vida moderna fallan con notable frecuencia y, cuando las cosas empiezan a salir mal, los fallos se encadenan hasta conducir a una frustración absoluta. Al final, una nota humana suele proporcionar cierto consuelo. He aquí, sin ir más lejos, lo que le sucedió el otro día a un amigo mío, de Madrid, cuando fue a tomar el tren para trasladarse a Salamanca. Sabedor de las dificultades de encontrar billete en verano, mi amigo, acompañado de su mujer y su cuñado, fue a la estación del Norte con tres horas de anticipación. Sacó los billetes y decidió ir a una cafetería refrigerada de la vecina plaza de España, a fin de hacer tiempo hasta la hora de salida del tren. Dejó primero las maletas en un casillero de la consigna automática, metió los dos duros reglamentarios en la ranura del casillero y... cuando quiso cerrar la portezuela con la llave el aparato no funcionó. Tras forcejear inútilmente acudió a la Consigna y protestó ante el empleado. «Lo que me extrañaría, dijo éste, es que me dijera usted que funcionaba». Y añadió: «Todos los días viene gente a protestar y nosotros llevamos una relación de los casilleros que no funcionan». Le explicó, además, que no funcionaba casi ninguna de las máquinas automáticas que había en la estación y acabó recomendándole que llevara las maletas a la Consigna ordinaria. Mi amigo sugirió que él ya había depositado los dos duros en el casillero y que no era por los dos duros, pero insistió en dejar las maletas en la Consigna automática o, por lo menos, recuperar los dos duros. «Pida usted el Libro de Reclamaciones», le dijo el empleado. Se dirigió entonces a la oficina del jefe, el cual le explicó que la Recla no tenía nada que ver con los casilleros automáticos y que, por otra parte, él no tenía Libro de Reclamaciones. Finalmente le mandó a la oficina de Inspección y Vigilancia, donde le dijeron que allí no sabían nada de la Consigna automática ni del Libro de Reclamaciones. «Vaya usted a ver al jefe», añadió el empleado. Mi amigo, humildemente, explicó que había estado con el jefe, el cual le había dicho que no tenía nada que ver con el asunto. El empleado de Inspección y Vigilancia dijo entonces que podía ir a ver al jefe de estación, pero que desde luego no debía decir que le mandaba él «porque luego vienen los líos». Mi amigo, instigado ahora por su esposa, en la que



empezaba a brotar el rigor de la justicia femenina, se dirigió pacientemente a la oficina del jefe de estación. El jefe no estaba. Había un empleado allí y cuando mi amigo le pidió el Libro de Reclamaciones, el empleado dijo que él, en ausencia del jefe, no podía darle el Libro de Reclamaciones, insinuando, por otra parte, con todo el barroquismo del lenguaje celibérico, que no era seguro que existiera realmente un Libro de Reclamaciones. «¿Cuándo volverá el jefe?», preguntó mi amigo, perdiendo algo de su pristina compostura. «Pues mire usted, contestó el empleado, caerá por aquí dentro de una hora o así». El problema administrativo y burocrático hasta entonces planteado se convirtió en ese momento en un problema matrimonial, porque, mientras la mujer quería quedarse esperando en la oficina del jefe al regreso de éste, el marido era partidario de perder los dos duros de la Consigna automática, dejar los bultos en la ordinaria y pasar el rato en la cafetería refrigerada de la plaza de España. Se puso la mujer como un basilisco, pero al final prevaleció la opinión abandonista del marido. El asunto, los dos duros injustamente perdidos, el humillante deambular por las distintas oficinas, la ausencia de los responsables, la discusión matrimonial por cuestiones de principio y, finalmente, la frustración del sentido político del ser humano, amargaron, como es natural, el desayuno de la cafetería, el viaje a Salamanca y el fin de semana que allí pasaron. Cuando, a la hora de salida del tren, fueron a recoger las maletas que dejaron en la Consigna ordinaria, el empleado les consoló con una frase muy española: «Y la próxima vez, ya sabe usted, confíe en la honradez de las personas y no en la fidelidad de las máquinas».

TURISTAS CON MACUTO

Se ha discutido mucho, desde que el mundo es mundo, de la inevitabilidad de las guerras y también de su utilidad o inutilidad para fomentar el progreso. La cuestión no ha quedado nunca definitivamente resuelta, si bien ha suscitado las más encontradas opiniones. Un escritor español, don Ra-



Rafael García Serrano, el autor de «La Fiel Infantería», acaba de añadir un argumento en favor de los que creen que las guerras tienen un efecto beneficioso. No hace muchos días, en un programa de Amestoy en Televisión Española, el señor García Serrano explicó que la guerra de España de 1936 a 1939 había tenido a su juicio el favorable efecto de promover el turismo interior. Dijo que los soldados tuvieron ocasión de visitar las regiones más alejadas de su «patria chica» natal, que, de no ser por la guerra, no habrían conocido nunca. Al terminar, y para redondear la exposición de su pensamiento, don Rafael dio una definición del soldado perfectamente digna de figurar en un diccionario celtibérico: «El soldado es un turista con macuto».

REFRIGERADO
HOY 5'45 - 8 y 10'45
ESTRENO
MAYORES DE 18 AÑOS
EL ASESINO

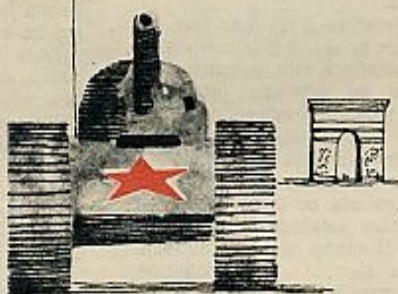
Marcelo Mastroianni
Cristina Gajoni

Asesino sí, pero no de personas, sólo se dedica a las mujeres

PERSONAS Y MUJERES

Un diario de Lugo publica el anuncio que aquí reproduzco. Como puede verse, Marcello Mastroianni representa en la cinta el papel de un asesino, pero no de un asesino de personas, sino solamente de un asesino de mujeres, lo cual, a juicio del redactor del anuncio, no es exactamente lo mismo.

LA ANECDOTA DEL VERANO



Cada estación del año tiene su anécdota. La que voy a contar es la anécdota del verano 1969. Sus protagonistas son dos hombres de cine, el director Antón Eceiza y el productor Elias Querejeta; el papel, diríamos, «antagonista» de la anécdota corresponde al poeta José Agustín Goytisolo. Es el caso que Eceiza y Querejeta fueran a París a mediados del pasado mes de julio con el fin de contratar al actor francés Jean-Louis Trintignant para su película «Las secretas intenciones». Se trataba de un viaje de ida y vuelta, con unas horas de permanencia en París para hablar con el actor. Al parecer, tanto Antón como Elias tienen un miedo cerval al avión y, antes de salir, se tomaron tres o cuatro gintonics para darse ánimos. Resultó que el avión tenía retraso y ellos, sin darse cuenta, siguieron tomando gintonics o medios whiskys o cubas libres (que en esto

no están acordes las fuentes). Llegaron a París, siguieron tomando mientras hablaban con Jean-Louis Trintignant y bebieron de nuevo en el aeropuerto, antes de tomar el avión de vuelta. Al llegar a Barajas se encontraron con José Agustín Goytisolo, que estaba allí por algún otro motivo junto con un nutrido grupo de ilustrados madrileños y barceloneses. Se produjo entre ellos el siguiente diálogo.

Goytisolo: ¿Qué tal París?
Querejeta: Chico, este Pompidou es peor que De Gaulle.
Goytisolo: ¿Por qué?
Eceiza: Pues mira, porque está París lleno de tanques.
Goytisolo: ¿No serían tanques soviéticos?
Eceiza y Querejeta (mirándose): París... no lo hemos preguntado.
Goytisolo: No, hombre, no, tranquilízalos. Hoy es calor de julio...

Vd. tiene cabello...!



...que

PETROLE HAHN se lo conserve!



PETROLE HAHN evita la caída del cabello y elimina la caspa. Su cabello siempre joven, limpio y... perfumado con su agradable olor fresco.

CONSULTE A SU PELUQUERO